

Las mujeres de Troya

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The women of Troy*
En cubierta: ilustración de © Sarah Young
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Pat Barker, 2021
© De la traducción, Victoria León
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18859-56-4
Depósito legal: M-428-2022
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pat Barker

Las mujeres de Troya

Traducción del inglés de
Victoria León

Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Jack, Maggie y Mr. Hobbes,
y en memoria de Ben*

En las entrañas del caballo: calor, oscuridad, sudor y miedo. Parecen aceitunas en un tarro a rebosar. Él odia ese contacto con los otros cuerpos. Lo ha odiado siempre. Incluso la carne humana limpia y perfumada le da ganas de vomitar —y estos hombres apestan—. Sería mejor que se quedaran quietos; pero no. Todos se mueven. Cambian de postura continuamente intentando ganar un poco más de espacio para sus hombros, entrelazándose y retorciéndose como gusanos en una mierda de caballo.

Gusanos.

La palabra lo hace remontarse atrás, muy atrás en el tiempo hasta la casa de su abuelo. De niño —lo que algunos piensan que todavía es—, solía bajar a las caballerizas todas las mañanas, corriendo por el camino que había entre los altos setos, respirando el denso aire mientras las ramas desnudas resplandecían bajo la luz rojiza. Al doblar la curva, veía al pobre viejo Rufo de pie junto a la valla del primer potrero —casi se diría, más bien, apoyándose en ella—. Había aprendido a montar con Rufo; igual que casi todos, porque Rufo era un caballo extraordinariamente tranquilo. Bromeaban con que, si te empezabas a caer, él extendía una pezuña y te empujaba hacia atrás para impedirlo. Todos sus recuerdos de cuando aprendía a montar eran felices; él

saltaba la valla e iba a darle un buen rascado a Rufo en todos los sitios a los que él no llegaba, y luego le soplabá en los ollares, y el aliento de ambos se mezclaba produciendo un cálido sonido de aspiración. El sonido de la seguridad.

Dios, cuánto quería a aquel caballo — más que a su madre, incluso más que a su niñera, de la que lo habían apartado en cuanto cumplió los siete años—. Rufo. Hasta el nombre había creado un vínculo: Rufo y Pirro. Ambos significan «rojo»—, y allí estaban los dos, con su pelo espectacularmente rojo, aunque la verdad es que, en el caso de Rufo, su color era más castaño que caoba. Cuando era un caballo joven, su pelaje resplandecía como los primeros castaños del otoño, pero por supuesto ya era viejo. Y estaba enfermo. El último invierno un mozo de cuadra había dicho: «Se le empiezan a ver las costillas». Y desde entonces todos los meses había ido perdiendo peso, los huesos de la pelvis se le habían ido marcando cada vez más y los hombros se le habían vuelto puntas afiladas —empezaba a parecer un esqueleto—. Ni siquiera la abundante hierba del verano había podido hacerlo engordar. Cierta día, al ver a un mozo de cuadra recogiendo un montón de excrementos sueltos con una pala, Pirro había preguntado:

—¿Qué es eso?

—Gusanos —le respondió el hombre—. Se están comiendo a la pobre criatura.

Gusanos.

Y esa sola palabra lo devuelve al infierno.

Al principio tenían permitidas las velas de junco, si bien con la severa advertencia de que estas debían apagarse en cuanto el caballo se empezara a mover. Eran luces débiles y parpa-

deantes, pero sin ellas se habrían ahogado en la avalancha de oscuridad y miedo. Sí, miedo. Lo negaría si pudiera, pero ahí está, sin ninguna duda, en la sequedad de la boca y en la descomposición del vientre. Intenta rezar, pero ningún dios oye; así que cierra los ojos y piensa: «padre». La palabra resulta incómoda, como una espada nueva cuando los dedos aún no se han hecho a su empuñadura. ¿Había visto a su padre alguna vez? Si fue así, habría tenido que ser cuando era muy pequeño, demasiado como para recordar el encuentro más importante de su vida. Lo intenta con «Aquiles» en su lugar —y la verdad es que resulta más fácil, más cómodo, llamarlo por el mismo nombre que utilizaría cualquier otro en el ejército—.

Observa la fila de hombres frente a él y ve sus rostros iluminados desde abajo, mientras pequeñas llamas bailan en sus ojos. Esos hombres lucharon junto a su padre. Allí está Odiseo: moreno, enjuto, con aspecto de hurón, fue el arquitecto de todo el plan. Él ideó el caballo, supervisó su construcción, capturó y torturó a un príncipe troyano para obtener detalles de las defensas de la ciudad —y finalmente urdió la historia que suponía que iba a abrirles sus puertas—. Si fallaba, todos los líderes del ejército griego morirían en una sola noche. ¿Cómo se soporta esa responsabilidad? Y, sin embargo, Odiseo no parece preocupado en absoluto. Sin proponérselo, Pirro llama su atención y Odiseo sonrío. Oh, sí, sonrío; parece amistoso, pero ¿qué estará pensando en realidad? ¿Querría que Aquiles estuviera aquí en lugar del mocoso inútil de su hijo? En fin, si es así, tiene razón; Aquiles debería estar aquí. *Él* no habría tenido miedo.

Al seguir recorriendo la fila, ve a Alcimo y a Automedonte, sentados el uno junto al otro; en otro tiempo los ayudantes de Aquiles, y ahora los suyos. Aunque eso tam-

poco es exactamente así. Ellos tienen el control —protegen a un comandante inexperto, disimulan sus errores, lo hacen quedar bien en todo momento a ojos de los hombres—. Pero hoy, esta noche, todo eso va a cambiar. Después de esta noche mirará a los ojos de los hombres que lucharon junto a Aquiles y no verá más que respeto, respeto hacia lo que él logró en Troya. Y claro que él no iría presumiendo de ello; ni siquiera lo mencionaría. No, porque no le haría falta: todo el mundo lo sabría; siempre es así. Ve que los hombres se quedan mirándolo algunas veces, dudando de él. Pero eso no volverá a pasar después de esta noche... Esta noche él...

Dios, qué ganas de cagar. Se sienta más derecho, intentando ignorar el retortijón en las tripas. Cuando treparon al caballo, hubo muchas bromas sobre dónde iban a poner los cubos de letrina. «En el culo», había dicho Odiseo. «¿Dónde iba a ser?». Aquello arrancó carcajadas a costa de los que iban sentados detrás. Nadie ha usado los cubos todavía y por nada del mundo quiere ser el primero. Los ve a todos tapándose la nariz y moviendo el aire con las manos. Esto no es justo; esto no es justo. Debería estar pensando en cosas importantes; la guerra que termina esta noche con fulgores de gloria —para él—. Se ha entrenado para esto durante años; desde que tuvo edad para levantar una espada. Incluso antes de eso, cuando tenía cinco o seis años, ya luchaba con palos afilados y siempre andaba aporreando a su niñera mientras ella trataba de calmarlo. Y ahora iba a ocurrir, por fin había llegado el momento, y lo único que podía pensar era: «¿Y si me cago?».

El retortijón parecía estar aliviándose un poco. Tal vez se le pasara.

Fuera todo se había quedado muy tranquilo. Durante días se había oído el ruido de la carga de los barcos, los

cantos de los hombres, los tambores que sonaban, las bramaderas que rugían, los himnos de los sacerdotes, y todo lo más estruendosamente posible, pues la intención era que lo oyesen los troyanos. Tenían que creer que los griegos se iban de verdad. No podía quedar nada en el interior de las cabañas, pues lo primero que harían sería enviar partidas de reconocimiento a la playa para comprobar que verdaderamente habían abandonado el campamento. No bastaba con mover los hombres y las armas. Mujeres, caballos, muebles, ganado... Todo tenía que desaparecer.

Dentro del caballo crece ahora un murmullo de inquietud. No les gusta ese silencio; los hace sentirse abandonados. Retorciéndose en el banco, Pirro intenta asomarse por una ranura entre dos tablas, pero no ve una mierda. «¿Qué cojones está pasando?», pregunta alguien. «Nos os preocupéis», dice Odiseo. «Volverán». Y solo unos minutos después oyen unos pasos que se dirigen hacia ellos por la playa seguidos de un grito: «¿Todo bien ahí dentro?». Se oye un murmullo a modo de respuesta. Luego, tras lo que parecen horas, aunque probablemente solo son unos minutos, el caballo da un tirón hacia adelante. Odiseo levanta la mano y una a una las luces se apagan.

Pirro cierra los ojos e imagina las espaldas sudorosas de los hombres que se inclinan para tirar del monstruo por la tierra rugosa hasta Troya. Tienen rodillos para ayudarse, pero aun así les lleva mucho tiempo —la tierra está llena de los hoyos y grietas que han dejado diez largos años de guerra—. Saben que se están acercando cuando los sacerdotes empiezan a cantar un himno en honor de Atenea, guardiana de ciudades. ¿Guardiana de ciudades? ¿En serio? Espere-mos que no esté guardando esta puta ciudad. Por fin las sacudidas terminan y los hombres que van dentro del caballo

se miran unos a otros; sus rostros apenas una mancha pálida bajo la débil luz. ¿Ya está? ¿Ya han llegado? Otro himno a Atenea, y luego, después de tres gritos finales de alabanza a la diosa, los hombres que han arrastrado el caballo hasta las puertas de Troya se marchan.

Sus voces, que aún entonan himnos y oraciones, se diluyen en el silencio. Alguien susurra: «¿Y ahora qué?». Y Odiseo responde: «Esperamos».

Un pellejo de cabra lleno de vino aguado pasa de mano en mano, aunque no se atreven más que a mojarse los labios. Los cubos ya están llenos por encima de los dos tercios de su capacidad y, como dice Odiseo, un caballo de madera que empiece a mear podría levantar sospechas. Hace calor aquí; el lugar apesta a resina de los troncos de pino recién cortados —y algo muy extraño ha empezado a ocurrir, porque puede saborear la resina y oler el calor—. Le quema el interior de las fosas nasales. Y no es el único que lo pasa mal. A Macaón le caen los chorros de sudor; él soporta mucho más peso que los hombres más jóvenes, que están tan flacos como los perros salvajes que ahora andarán olisqueando las puertas de las cabañas vacías y preguntándose a dónde se habrá ido la gente. Pirro intenta imaginar el campamento desierto: el salón al que entró por primera vez una semana después de la muerte de su padre para sentarse en la silla de Aquiles, descansar las manos sobre las cabezas de león de montaña talladas, enroscar los dedos sobre sus bocas abiertas igual que había hecho Aquiles una noche tras otra, y sentirse durante todo el tiempo como un impostor, un chiquillo al que han dejado acostarse más tarde. Si hubiera bajado la vista, habría visto sus piernas colgando a dos palmos del suelo.

A la mañana siguiente podía estar muerto, pero no tenía sentido pensar así: el último día de un hombre llega cuando tiene que llegar y no hay nada que se pueda hacer para retrasarlo. Mira a un lado y a otro y ve su propia tensión reflejada en todos los rostros. Incluso Odiseo ha empezado a morderse la uña del pulgar. Los troyanos tienen que saber ya que los barcos han zarpado y que los griegos han abandonado el campamento, pero ¿se lo creerán? Príamo ha gobernado Troya durante cincuenta años; es un zorro demasiado viejo como para tragarse un truco como este. El caballo es una trampa, una trampa brillante, sí, pero ¿quiénes van dentro?

Odiseo levanta la cabeza y escucha, y un segundo después todos lo oyen: un murmullo de voces troyanas, curiosas, nerviosas. ¿Qué es esto? ¿Qué hace aquí? ¿De verdad los griegos se han ido y han vuelto a sus hogares dejando este regalo extraordinario? «Extraordinariamente inútil», dice alguien. «¿Cómo puedes decir que es inútil si no sabes para qué sirve?». «No sabemos para qué sirve, pero sí sabemos una cosa: no hay que fiarse de los putos griegos». Se oyó un rugido de aprobación. «Además, ¿cómo sabemos que está vacío? ¿Cómo sabemos que no hay nadie dentro?». Las voces bordean ya el límite entre la sospecha y el pánico. «Prendámosle fuego». «Eso es, vamos a quemar esta mierda. Así sí que sabremos si hay alguien dentro». La idea tiene éxito y pronto todos corean: «¡A quemarlo! ¡A quemarlo! ¡A quemarlo!». Pirro mira a su alrededor y ve dibujado en todos los rostros el miedo; no, más que miedo: terror. Son hombres valientes, lo más selecto del ejército griego, pero el hombre que diga que no teme al fuego es un mentiroso o un estúpido.

¡A quemarlo! ¡A quemarlo! ¡A quemarlo!

Una caja de madera atestada de hombres — arderá como una pira funeraria embadurnada de manteca de cerdo —. ¿Y qué harán los troyanos cuando oigan los gritos? ¿Correrán en busca de cubos de agua? Y una mierda. Se quedarán allí mismo riéndose de nosotros. El ejército volverá solo para encontrarse tablones negros y cadáveres achicharrados con los puños cerrados en la postura pugilística típica de los que han muerto a causa del fuego. Y allí arriba, en la muralla, los troyanos estarán esperándolos. Él no es un cobarde; de verdad no lo es; subió a ese maldito caballo dispuesto a morir; pero le jode pensar que va a morir como un cerdo asado en un espetón. Mejor salir de una vez y luchar..

Está a medio camino de ponerse de pie cuando una punta de lanza aparece entre las cabezas de dos de los hombres que tiene sentados enfrente. Ve que sus rostros se quedan blancos de la impresión. Inmediatamente, todo el mundo se dirige hacia el fondo de las tripas del caballo, tan lejos de los costados como pueden. Fuera, una mujer está gritando a pleno pulmón: «¡Es una trampa! ¿No veis que es una trampa?». Y a continuación se oye otra voz, esta vez de un hombre, anciano pero no débil, que transmite gran autoridad. Solo puede ser Príamo. «Casandra», dice. «Vuelve a tu casa ya. Vuelve a tu casa».

Dentro del caballo, los hombres empiezan a dirigir miradas acusadoras a Odiseo, de quien ha sido el plan, pero este se limita a encogerse de hombros y a mostrar las palmas de las manos.

Fuera se oye un nuevo griterío. Los vigías han descubierto a alguien merodeando por las puertas de la ciudad, y ahora lo llevan a rastras ante Príamo y lo obligan a arrodillarse. Y entonces, al fin, tras mucho esperar, Sinón empieza a hablar, con voz insegura al principio, pero que va fortale-

ciéndose a medida que se lanza de lleno a contar su historia. Pirro mira a Odiseo y ve sus labios moverse al unísono con las palabras de Sinón. Ha estado preparándolo durante tres semanas, paseando ambos arriba y abajo por la arena durante horas, repasando la historia una y otra vez e intentando prever todas las preguntas que los troyanos podrían hacerle.

Cada detalle es de lo más convincente; cómo los griegos creen que los dioses los han abandonado —y en especial Atenea, a la que han ofendido gravemente—. El caballo es una ofrenda y debe ser llevada a su templo de inmediato. Pero la cuestión no está en los detalles. En realidad todo depende de cómo Odiseo ha sabido leer el carácter de Príamo. De niño, cuando no contaba más de siete años, a Príamo lo habían capturado en una guerra para pedir su rescate. Solo y sin amigos, obligado a vivir en una tierra extranjera, se volvió a los dioses en busca de consuelo, y en especial a Zeus Xenio, el dios de la hospitalidad hacia los extranjeros. Bajo el reinado de Príamo, Troya siempre se había mostrado dispuesta a acoger a aquellos que habían perdido el favor de sus propios compatriotas. La historia de Odiseo está pensada para que cada detalle aproveche la fe de Príamo y la convierta en debilidad. Y, si el plan no funciona, desde luego no será por culpa de Sinón, que lo pone todo de su parte y eleva a los cielos un lamento conmovedor para decir: «Por favor, por favor, apiadaos de mí. No puedo volver con los míos. Me matarán si vuelvo».

«Dejadlo ir», dice Príamo, que a continuación, dirigiéndose obviamente a Sinón, añade: «Bienvenido a Troya».

No mucho después, se oye un ruido de cuerdas que echan el lazo al cuello del caballo, y este empieza a moverse. Solo

unos metros más adelante se nota la sacudida de un alto; permanecen allí clavados durante varios minutos agónicos, y luego emprenden la marcha a trompicones de nuevo. Pirro se asoma a través de una ranura entre las tablas —siente el aire de la noche inesperadamente fresco en los párpados—, y lo único que ve es un muro de piedra. Pero eso le basta para saber que van a cruzar las puertas Esceas para entrar en Troya. Se miran unos a otros con los ojos abiertos de par en par. Silenciosos. Fuera, los troyanos —hombres, mujeres y niños— cantan himnos en honor de Atenea, guardiana de las ciudades, mientras tiran del caballo hacia dentro. Se oye el parloteo nervioso de los chiquillos que «ayudan» a sus padres a tirar de las cuerdas.

Entretanto, algo raro le está pasando a Pirro. Quizá sea solo la sed, o el calor, que es peor que nunca, pero le parece estar viendo el caballo desde fuera. Ve su cabeza al nivel de los tejados de los palacios y templos mientras lo arrastran lentamente por las calles. La sensación es extraña: estar encerrado a cal y canto en la oscuridad y, sin embargo, poder ver las amplias calles y plazas y la muchedumbre de troyanos enfervorecidos que se apiñan a los pies del caballo. No cabe un alfiler. Son como hormigas que hubieran descubierto la crisálida de un insecto lo bastante grande como para alimentar a sus vástagos durante semanas y lo arrastraran triunfalmente hasta su agujero sin darse cuenta de que, cuando la pupa dura y brillante se abra, supondrá la muerte de todas.

Por fin terminan las sacudidas y balanceos. A estas alturas todos dentro del caballo están mareados. Más plegarias, más himnos; los troyanos abarrotan el templo de Atenea para dar las gracias a la diosa por la victoria. Y entonces empiezan las celebraciones: cantan, bailan, beben y beben.

Los soldados griegos escuchan y esperan. Pirro intenta encontrar espacio para extender las piernas; tiene un calambre en la pantorrilla derecha a causa de la deshidratación y de llevar demasiado tiempo sentado en la misma postura encogida. La oscuridad ahora es más profunda, pues no hay luna que arroje algo de luz a través de las ranuras en los costados del caballo —se eligió una noche sin luna para el ataque—. De vez en cuando, un puñado de juerguistas borrachos pasa tambaleándose y sus antorchas encendidas proyectan manchas de tigre sobre los rostros de los hombres que esperan dentro. La luz arranca destellos en los cascos, las corazas y las hojas de sus espadas desenvainadas. Siguen esperando. A lo lejos, en la oscuridad, los negros y picudos barcos de la flota griega, que regresan, estarán dejando blancos surcos en el gris agitado del mar. Imagina los barcos entrando en la bahía con las velas plegadas mientras los remeros hacen su trabajo, y luego el chirrido de las quillas en los guijarros al tocar tierra con violencia.

Poco a poco, las canciones y los gritos se van desvaneciendo; los últimos borrachos han vuelto dando tumbos a sus casas o han acabado en alguna cuneta. ¿Y la guardia de Príamo? ¿Es probable que se haya mantenido sobria ahora que la guerra ha terminado y cree que han vencido y ya no queda nadie a quien combatir?

Al fin, a una señal de Odiseo, cuatro guerreros de los que van al fondo quitan dos tablones de los costados. El aire fresco de la noche entra de golpe; Pirro siente un hormigueo en la piel al tiempo que el sudor se evapora. Y entonces, uno a uno, en un torrente ordenado, los hombres empiezan a bajar por las escalas de cuerda y a formar un círculo al llegar al suelo. Hay algunos empujones delante porque todos los hombres se disputan el honor de salir el prime-

ro. A él nada de eso le importa: es uno de los primeros, y eso le basta. En el instante en que sus pies tocan el suelo, siente que la sacudida le recorre toda la espina dorsal. Los hombres dan patadas intentando recuperar la circulación de la sangre porque en cualquier momento tendrán que salir corriendo. Toma una antorcha de un candelero del templo y bajo su resplandor de luz roja ve a los últimos soldados caer pesadamente a tierra. El caballo está cagando hombres. Cuando están todos fuera, se miran unos a otros con la misma expresión adormilada de quien se acaba de despertar en el rostro. Están dentro. Poco a poco, la comprensión del hecho los invade como una imparable oleada. Ahora, en ese mismo instante, se encuentra allí donde su padre jamás pudo estar: en el interior de los muros de Troya. Ya no hay miedo. Todo se ha vuelto luz y claridad. Allí, en las tinieblas, están las puertas que han logrado que abran para dejar entrar al ejército. Pirro aprieta con fuerza la empuñadura de su espada y echa a correr.